

nes que la posesión del Nuevo Mundo originó también entre los demás países, ó sean Holanda, Francia é Inglaterra.

Merece mencionarse que con aquella división de la Tierra los países comprendidos en ella, así como los que se descubrieron más tarde, se diferenciaron con los nombres de Indias Occidentales y Orientales, que han conservado hasta nuestros días.



La isla de San Eustaquio (Vista desde Nordeste) (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

### SEGUNDO VIAJE DE COLÓN

Apenas obtuvo España el primer edicto del Papa el día 3 de mayo de 1493, cuando ya se empezaron á hacer preparativos para una segunda expedición.

Si los preparativos del primer viaje habían necesitado muchos meses para terminarse, ahora, por el contrario, hacía la corte todo lo posible para acelerarlos, tanto que el 25 de septiembre del año 1493 pudo hacerse Colón á la vela desde el puerto de Cádiz con tres grandes barcos de transporte y catorce carabelas. La expedición había sido organizada en gran escala, y todo estaba dispuesto de modo que las colonias que pensaba fundar Colón no careciesen de nada. Obreros de todas clases se hallaban á bordo; además llevaban gran número de animales domésticos para aclimatarlos en aquellas regiones, así como considerables cantidades de trigo, legumbres y sarmientos, pues pensaban cultivar la vid. Además de los obreros iban gran número de soldados, muchos de ellos pertenecientes á las más nobles familias de España, y algunos de los cuales, entre los que descuellan Ojeda, Velázquez, de Esquivel y Ponce de León, estaban destinados á desempeñar en lo porvenir un importante papel en la historia de las Indias Occidentales. La brillante expedición, compuesta de más de mil personas (1), no sólo tenía orden de fundar colonias en cuantos sitios fueran á propósito para este objeto, sino que sobre todo llevaban el encargo de hacer nuevas travesías de exploración y descubrimientos, penetrando, si era posible, hasta el corazón de la India y grandes comarcas del reino de Mangi, Cipangu y Catay.

(1) Según datos de algunos historiadores eran 1.200, y según otros 1.500, las personas que tomaron parte en esta expedición.

No existe informe manuscrito del almirante acerca de este segundo viaje, y estamos sólo atentos á varias descripciones legadas á la posteridad por algunas personas que tomaron parte en la expedición. De estas descripciones, la más importante consta en una carta dirigida por Chanca, un médico oriundo de Sevilla que acompañó á Colón, por orden de los reyes, al senado de la citada ciudad.

Después de bastantes días de vicisitudes divisaron tierra el día 3 de noviembre, un poco antes de la salida del sol, siendo tan grande la alegría general, que apenas podían contener su entusiasmo, pues todos estaban sumamente cansados de la incómoda vida del mar y deseaban tener tierra firme bajo sus pies. El país apareció al pronto como una elevada isla montañosa, y poco después vieron, á la derecha de ella, una segunda completamente llana, y á medida que el día avanzaba iban apareciendo otra y otra hasta el número de seis, de ellas algunas bastante grandes.

Habían llegado, pues, á algunas de aquellas islas cubiertas de magníficos bosques, pertenecientes al grupo que, formando un inmenso semicírculo, se extiende desde la punta oriental de la isla de Puerto Rico al continente Sudamericano y embocadura del río Orinoco, y que son conocidas por el nombre de *Pequeñas Antillas*.

Colón dirijíase ante todo á la primera que habían divisado, buscando un puerto que fuese suficiente capaz para la escuadra; pero fueron inútiles todas sus pesquisas, pues la isla, á la que dió el nombre de Dominica, era sólo un inmenso monte cuyos flancos bajaban rectos hasta el mar.

Por lo tanto siguieron hasta otra segunda, situada cinco leguas más allá en dirección Norte, y á la que bautizó Colón con el nombre de María Galante en honor del buque almirante, y en ella descubrieron un lugar seguro de anclaje.

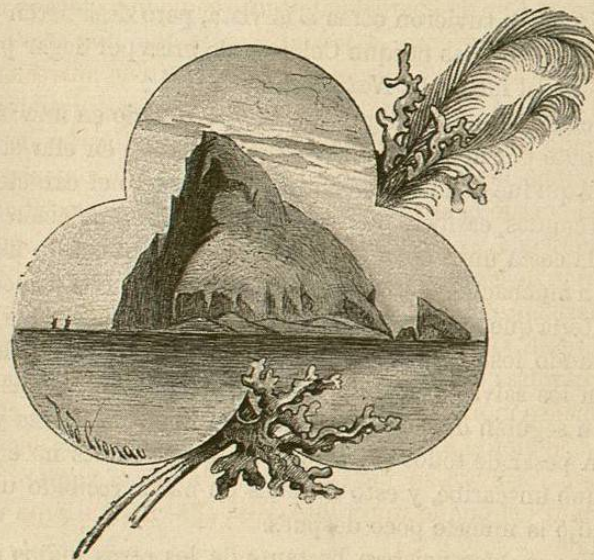
Desplegando el gran estandarte real, y entre las aclamaciones de sus compañeros, tomó Colón posesión en toda regla de esta isla y de las restantes.

Dos horas permanecieron en aquel sitio, y en este tiempo hallaron algunos españoles un árbol, cuyo olor era parecido al del clavo. A fin de reconocerle mejor gustaron algunos de los frutos de que estaba cuajado, pero apenas los rozaron con los labios hinchóseles atrozmente la cara, sobreviniéndoles una fuerte inflamación acompañada de violentos dolores, que sólo pudieron combatir aplicándose paños empapados en agua fría.

Al siguiente día acercáronse á una tercera isla, en medio de la cual se elevaba un alto volcán apagado, y por cuyas paredes se precipitaban hermosísimas cascadas, entre las cuales una llamó poderosamente la atención de los españoles á causa de su gran altura y magnitud. A esta isla llamóla

Colón *Guadalupe* en recuerdo del convento del mismo nombre situado en Extremadura, y allí fué donde por vez primera vieron huellas del canibalismo que dominaba en las Antillas. En algunas chozas abandonadas encontraron huesos de brazos y piernas humanos roídos; en un caldero hervía el pescuezo de un hombre, y en otras cabañas vieron cráneos humanos colgados y trabajados de modo que sirviesen de vasijas.

Por algunas mujeres robadas de otras islas por los habitantes de aquella, supieron que Guadalupe estaba habitada por aquellos terribles antropófagos conocidos por el nombre de *Caribes*, cuya fama se extendía por



La isla Santa María la Redonda (Dibujo original de Rodolfo Cronau)

todas las Indias Occidentales hasta Cuba y las islas Lucayas llenando de pavor á sus habitantes. Dijéronles también que poco antes de la llegada de ellos habían salido más de 300 guerreros en diez canoas para atacar otras islas.

A consecuencia de esto había muy pocos hombres entónces en Guadalupe, lo que fué una gran suerte para cierto número de españoles que, al hacer una excursión al interior de la isla, se extraviaron y anduvieron errantes cuatro días por entre los espesos bosques vírgenes, sin poder hallar el camino para regresar á sus barcos. A bordo ya los daban por muertos, pues creían que habrían sido devorados por los caníbales, siendo así que no dieron resultado alguno cuantas pesquisas se habían hecho para encontrarlos. Iban ya á levar anclas, cuando de pronto aparecieron los

extraviados compañeros (que fueron recibidos con gran regocijo), que contaron una calamitosa historia. Rodeados de espesos bosques habían tratado inútilmente de trepar á algún peñasco elevado ó á la copa de algún árbol para orientarse, pues la lujuriosa vegetación tropical les imposibilitaba poder ver, estando tan juntos los árboles que sus copas se confundían de tal manera que por entre sus hojas no se vislumbraba el menor trozo de cielo. Sólo á la casualidad debieron el haber llegado á la orilla del mar, desde la que encontraron el camino para ir á bordo.

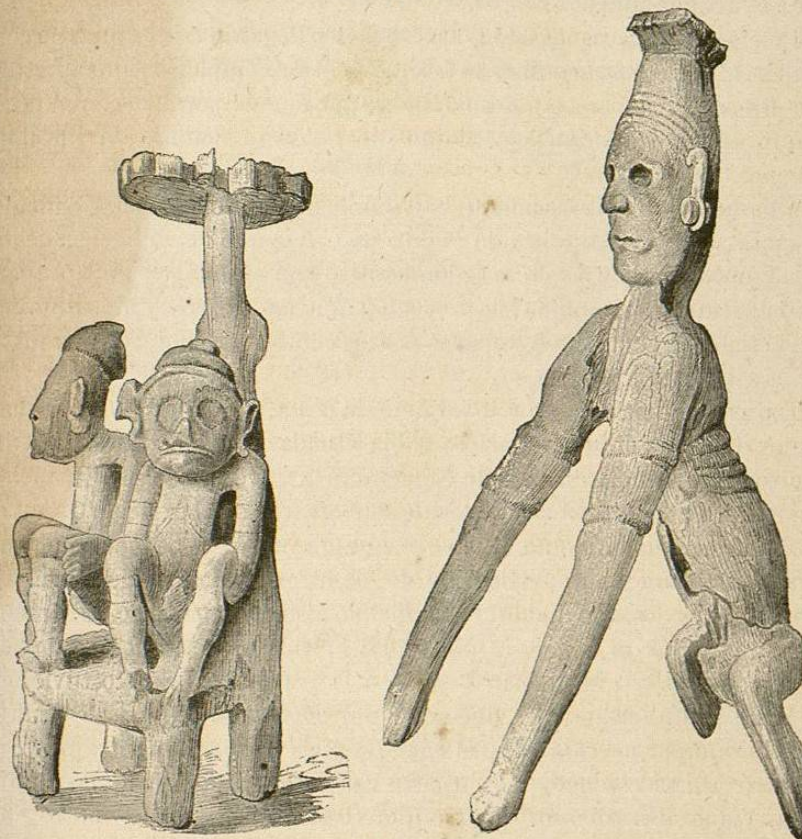
Prosiguiendo la travesía, descubrieron las islas de Montserrat, Santa María la Redonda, Santa María la Antigua, San Martín y San Eustaquio (Véase la pág. 305); tuvieron otras á la vista, pero desistieron de realizar un desembarque en ellas porque Colón tenía prisa por llegar pronto á Española y visitar el fuerte *La Natividad*.

Vientos contrarios les obligaron á buscar refugio en una isla á la que dió el almirante por nombre *Santa Cruz*, anclando en ella el día 14 de noviembre. Aquí fué donde conocieron por completo el carácter guerrero de los tan temidos caribes, pues al pretender la tripulación de un bote separar de la costa una canoa en la que se hallaban cuatro hombres, dos mujeres y un muchacho, fueron saludados con una lluvia de flechas de tan certera puntería que en un momento cayeron gravemente heridos dos españoles; cuando los restantes se arrojaron sobre la canoa y la volcaron, prosiguieron los salvajes el ataque dentro del agua, y al mismo tiempo que nadaban seguían disparando flechas con la misma fuerza y seguridad que ántes. A pesar de todos sus esfuerzos, los españoles no consiguieron coger más que un caribe, y esto después de haber recibido una lanzada que le produjo la muerte poco después.

Los caribes se diferenciaban bastante de los otros indios que habían hallado anteriormente. Mientras éstos trataban de hacer artísticas figuras con sus cabellos afeitándoselos de un modo particular y dejando sólo algunos en forma de cruces ú otros ornamentos, llevaban los caribes el pelo muy largo. Alrededor de los ojos se pintaban grandes círculos negros, así es que el rostro ofrecía un aspecto horroroso. Los brazos y las piernas los llevaban fuertemente envueltos en su parte inferior y superior con estrechas ligaduras de algodón, lo cual hacía que los músculos aparecieran muy hinchados y salientes. Todos los escritores españoles de aquel tiempo que han tenido ocasión de ver á estos caribes están conformes en afirmar que su aspecto era verdaderamente espantoso.

Dos interesantes esculturas de madera procedentes de las Antillas se guardan en el Instituto Smithsonian de Wáshington. Una de ellas, de 31 pulgadas de altura, representa dos figuras humanas sentadas sobre una silla que ostenta un alto cobertizo en forma de dosel. Las dos figuras lle-

van en la cabeza gorros adornados, y los lóbulos de las orejas tienen anchas aberturas destinadas probablemente á contener taruguitos de madera. En los brazos y piernas se observan indicios de las antes mencionadas ligaduras. La segunda figura mide 43 pulgadas y representa también un caribe con taruguitos en las orejas y ligaduras en los brazos.



Esculturas de madera de las islas Caribes  
(Dibujadas por R. Cronau de los originales que se conservan en el Instituto Smithsonian)

Como armas llevaban estos rapaces pieles rojas, además del arco, flechas y mazas, como asimismo lanzas, cuyas puntas estaban formadas por trozos de concha aserrados, por fuertes espinas de pescado ó por puntia-gudas piedras, á veces cubiertas de una capa de veneno. Poseían además hachas de piedra de las más diversas formas, y algunas de ellas eran pequeñas y ligeras mientras que otras pesaban cinco kilogramos.

En sus correrías piráticas no respetaban ni á las mujeres ni á los niños. Mientras que á los hombres que cogían prisioneros los degollaban y devo-

raban en seguida, á las mujeres se las llevaban para esclavas y á los niños los cebaban como animales para comérselos cuando fueran mayores. Que la carne humana era el plato favorito de los caníbales lo vieron confirmado los españoles no sólo por las palabras de éstos, sino porque todos los restos humanos que encontraron demostraban haber sido roídos para utilizar hasta la última fibra.

Prosiguiendo la navegación, los españoles llegaron á un grupo de cincuenta islitas, cubiertas unas de bosque, y otras completamente agrestes y estériles. Todas parecían deshabitadas, por lo cual permanecieron poco tiempo en este archipiélago, al que dió Colón el nombre de Oncemil Vírgenes.

Timoneando hacia Occidente hallaron la mayor de las cuatro, llamada la Gran Antilla, ó sea la isla de Puerto Rico, á la que los indígenas denominaban Boriquen y á la que Colón bautizó con el nombre de San Juan Bautista. De esta magnífica isla procedían muchas mujeres y niños que habían hallado en Guadalupe, robadas por los caníbales, y que Colón restituyó nuevamente á su patria.

Todo un día navegaron á lo largo de la costa; y después de permanecer dos días más en una espaciosa bahía situada en la parte Occidental de la misma, emprendieron el 22 de Noviembre la travesía hacia la Española, y en cuanto arribaron á sus costas desembarcaron en el extremo Oriental de ésta, ó sea *Cabo Engaño*. Este cabo, que era una costa pequeña y plana, era tan distinto en su constitución de los otros lugares de la Española visitados por ellos, que dudaron al principio si se hallaban ó no en la mencionada isla. Sólo al llegar al Golfo de las Flechas, la actual bahía de Samana, conocieron que habían llegado á la Española. Primero tuvieron que cumplir un triste deber, que era el dar sepultura á uno de los marineros herido por los caníbales, el cual, después de terribles sufrimientos, encontró allí su sepulcro. Al entierro asistieron también algunos indígenas, como asimismo un cacique que vivía en las inmediaciones y al cual habían éstos invitado. A pesar de tener en perspectiva la adquisición de considerables cantidades de oro por medio de transacciones comerciales, aceleró Colón su marcha, pues cuanto más se acercaban al fuerte de *La Natividad*, más deseaba conocer la suerte de los españoles que habían quedado custodiándole.

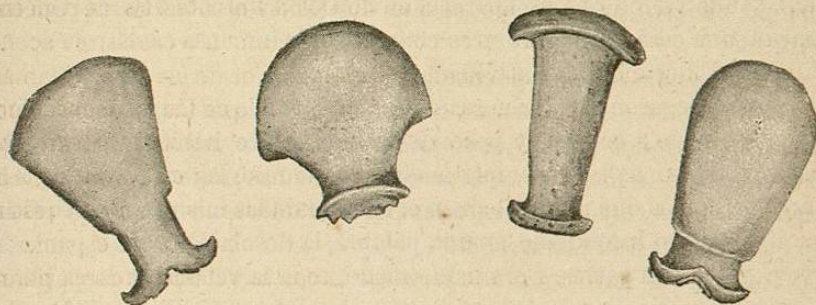
El 25 de noviembre llegaron á Monte Cristo, donde Colón pensaba establecer una segunda colonia en las cercanías del Río del Oro, por él descubierto.

Buscando un sitio á propósito para este objeto, tuvieron un terrible hallazgo los marineros, pues tropezaron con los cadáveres de un hombre y un niño que habían sido estrangulados con una cuerda y estaban medio

escondidos entre la maleza cerca del río. Ambos cuerpos se hallaban en tal estado de descomposición que no fué posible reconocer si eran de indios ó de blancos los restos que tenían ante sí.

Al día siguiente encontraron otros dos cadáveres de hombres, y esta vez pudieron ver claramente que llevaban barba corrida, de lo que dedujeron la triste consecuencia de que los asesinados eran españoles y pertenecientes á la colonia indudablemente.

Negros presentimientos acerca de la suerte de ésta oprimían el corazón



Hachas de piedra de los caribes de Guadalupe  
Hállanse en el Instituto de Smithsonian (Washington)

del Almirante, y en efecto viólos confirmados aún más de lo que creía. Cuando al anoecer del 27 del mismo mes llegó la escuadra enfrente de la bahía de Punta Santa y Colón mandó disparar dos cañonazos anunciando su llegada, no obtuvo contestación alguna, ni se veían tampoco las llamas de las fogatas en la obscuridad; tan sólo el silencio de la noche imperaba al parecer en aquellos lugares.

Por fin, hacia las cuatro de la madrugada acercóse una canoa indígena al barco, pero sus tripulantes negáronse á pisar éste antes de haber visto al Almirante. Cuando Colón, accediendo á sus deseos, se inclinó sobre la banda de su barco, pidieron luz para verle mejor, y sólo después de haberle reconocido, subieron sin titubear á bordo.

Era una embajada del cacique Guacanagari, que, además de darle la bienvenida, le traían dos máscaras con adornos de oro como regalos. Colón, en primer lugar, informóse de la suerte de los españoles que habían quedado en *La Natividad*: pero sólo con la ayuda del intérprete indio llevado á España desde Guacanagari, y que había sido bautizado y acompañaba al Almirante en su segundo viaje, pudo adquirir algunos insuficientes datos casi sin ilación.

Lo que pudieron comprender fué que algunos españoles habían muerto de enfermedades, otros á consecuencia de las pendencias suscitadas entre ellos mismos, y que un cierto número se había dirigido hacia el interior del país, casándose con mujeres indígenas. Además añadieron que habían sido atacados por los caciques de Cibao, llamados Caonabó y Mayreni, que con sus guerreros destruyeron toda la colonia de Guacanagari, hiriendo á éste, de modo que aún no se levantaba del lecho. Mas como Colón creyó comprender que, á pesar de su herida, iría á visitarle aquella misma mañana, permanecieron quietos en aquel punto esperándole. Cuando vieron que no aparecía envió Colón un bote á tierra para indagar alguna cosa, y sólo entonces conocieron la inmensa catástrofe acontecida en el fuerte de La Natividad.

Primero llegaron los marineros del bote al pueblo de Guacanagari, que estaba reducido á cenizas, y poco después al fuerte habitado por los españoles. Este se hallaba completamente destruído: las empalizadas, así como los edificios que se hallaban en el interior de las mismas, habían sido demolidas y todo incendiado; en una palabra, la desolación más espantosa se veía por todas partes. Del mismo modo, toda la vecina comarca parecía un cementerio. Donde antes resonaban las alegres risotadas de los pacíficos indios, dominaba ahora un sepulcral silencio.

Como Colón antes de su partida había encargado á los habitantes del fuerte que, en caso de repentino peligro, echasen en el pozo del patio todos los tesoros acumulados, mandó practicar excavaciones en diferentes sitios de éste; pero en ninguna parte hallaron el más insignificante objeto de valor. En otro sitio hallaron enterrados los cadáveres de once españoles que parecían descansar desde ya algún tiempo en la tierra, pues sobre su tumba había crecido la hierba.

En el transcurso del día presentáronse algunos indígenas, estando todos acordes en afirmar que los caciques del interior, no sólo habían sorprendido el fuerte y muerto á los blancos, sino reducido á cenizas el pueblo de Guacanagari, haciendo gran mortandad en sus gentes y llevándose á los restantes prisioneros. A estos lamentos se unían también duras quejas contra los españoles, que no sólo habían ejercido el más grosero imperio sobre ellos, sino permitídose las más violentas usurpaciones. Algunos blancos se habían apropiado tres ó cuatro mujeres, otros habían seducido á las hijas y esposas de los indios, y á todo esto había que agregar las constantes pendencias que mantenían entre sí, contraviniendo por completo las órdenes de su jefe. En una palabra, de todo lo dicho se desprendió que el ataque de Caonabós y de Mayrenis no había hecho más que precipitar el fin de aquella sociedad tan mal avenida y desconcertada.

Con Guacanagari celebró Colón una entrevista en otro lugar, al cual se había hecho conducir el cacique, herido en una pierna por un golpe de hacha de piedra. Cuando el Almirante entró en su vivienda hallólo tendido en su hamaca, desde la que hizo á sus visitantes todo género de cumplidos, lamentándose con lágrimas en los ojos del desastroso fin de los cristianos.

Como entre el acompañamiento de Colón se hallase el médico del barco, éste ofreció á Guacanagari sus servicios. El cacique abandonó su hamaca para que le reconociera la herida, y no obstante de que sus gestos demostraban que sentía fuertes dolores, no se veía exteriormente herida ninguna.

Por esto entraron en sospecha algunos españoles de que habían sido víctimas de un engaño, y que acaso Guacanagari fuese cómplice del asesinato de los blancos. Esta sospecha pareció confirmarse por haber hallado en algunas chozas objetos de procedencia española, los cuales era difícil que hubieran cambiado por otros los españoles. En una de éstas encontraron una hermosa capa morisca, empaquetada del mismo modo que había venido de Castilla, y además medias, un ancla, pedazos de telas, etcétera.

A pesar de estos indicios acusadores, no lograron convencer á Colón de la complicidad del jefe indio, y la verdad es que la conducta observada después por éste no podía alimentar semejante sospecha, pues Guacanagari siguió siendo siempre uno de los más fieles partidarios de Colón.

El mismo día que el almirante le hizo la visita mandó que le condujesen á bordo para devolvérsela, y al expresarle el almirante su pensamiento de establecer una segunda colonia en aquella comarca, aconsejóle el cacique que no lo hiciera, por ser aquel paraje demasiado húmedo y malsano, lo que era por demás cierto.

Si bien Guacanagari observaba atentamente los objetos traídos por los españoles, sobre todo las plantas y caballos, desconocidos completamente por él hasta entónces, y que le interesaban sobremanera, no por eso se escapó á su penetrante mirada la animosidad que en contra suya reinaba entre algunos españoles, entre los que se distinguía un tal Padre Boyle, que trataba de convencer á Colón de lo conveniente que sería aprisionar al sospechoso cacique y hacer con él un escarmiento. Mas no se pudo conseguir que accediera á sus consejos el almirante, el cual, por el contrario, despidió á su huésped tributándole los mayores honores.

La sospecha contra Guacanagari tomó incremento al siguiente día en vista de otro suceso. A bordo del barco almirante se hallaban aún diez indias de las rescatadas del poder de los caníbales. En el silencio de la noche deslizaronse cautelosamente estas mujeres por los costados del bu-